

La poesía tiene una licencia, así como el psicoanálisis tiene una regla, ambas procuran la dimisión del saber. Sabemos que tanto la libre asociación, como la licencia poética, no son tan libres, lo que nos muestra que ese poco de libertad sólo se alcanza dentro de ciertas reglas que pongan al sujeto a producir más allá de lo que sabe. No hay libertad sin unos límites cuyo objetivo sean la creación.

La escritura poética une, deshace, limita, ahonda, bordea la sutil materia que recorre el cuerpo en busca de palabras que la nombren. Llega más profundamente ahí donde apenas roza las superficies, ¿acaso el camino hacia lo profundo no se hace rozando las superficies? ¿Es que hay otro?

El transcurso recorre y recuerda el límite. Cuando las palabras tocan los bordes, recostándose en los límites, crean lo que de otra manera no puede decirse, hacen sentir aquello que ocurrió de otra manera.

La escritura poética en su decir nos lleva más allá, y al recorrer los límites, dibuja el mapa de lo inefable, es un tejido donde el punto no hace pantalla del agujero. Donde el trazo está hecho para darle lugar a lo que falta y no sólo para servirse de ella.

Es un espacio mágico donde se puede reunir, lo que la conciencia y la represión separan, lo que la moral dicta y lo más primario, donde la ambigüedad triunfa sobre la binaria lógica racional, donde los sentimientos se duplican, triplican, se imbrican, vienen de la carne y se hacen carne, se subliman, y nos recuerdan, que somos eso, y también que no lo somos.

La relación que Lacan establece entre la escritura poética y la interpretación analítica, en tanto que se desarticuladora de un sentido, que no es otra cosa que la trama en que el

sujeto está enredado con el objeto.

La poesía es *“efecto de sentido, pero también efecto de agujero”*, con ello tenemos que manejarnos, poética y analíticamente. Juega con el sentido hasta deshacerlo.

Ricardo Landeira.

Si desea enviar un comentario sobre el texto al autor, puede dirigirlo a ricland@netgate.com.uy